

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 217

Valencia, 6 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

Bajo el signo de la paz

¡Alegrémonos: vivimos en paz!

Desde hace varios años estamos al borde de la guerra y nos parece que la Humanidad está siempre fuera del peligro.

Algunos pesimistas pretenden que las hostilidades se han roto en varios puntos del globo. E invocan los muertos de España y de China. ¡Qué aberración! No hay tal guerra en España ni en China. La realidad es muy distinta. No puede haber guerra si antes no ha habido una declaración de guerra. Y como el hecho irremediable aún no ha llegado, la paz continúa reinando. Sus atributos son desde ahora el torpedo aéreo y los gases asfixiantes. Lo que hay que hacer es ponerse de acuerdo sobre los símbolos.

Lo importante es que el expediente esté limpio e impecable. Contribuye a dar «buena impresión».

En suma, esta despreciable hipocresía va muy bien con la definición de La Bruyère: es un homenaje que el vicio hace a la virtud. Si la guerra no se declara no es más que por respeto y por temor al Derecho internacional.

La guerra es un crimen, rezan los tratados. No declaremos la guerra y no seremos criminales, deducen sofisticadamente los agresores. Después de todo, ¿se advierte a un individuo, antes de asesinarlo? Es muy raro que la puñalada sea precedida de una carta de «chantage»; ésta no se envía más que cuando se quiere cotizar la vida misma.

¡Ah! Si el Japón hubiese declarado la guerra a China en 1932 o en estas últimas semanas, si Italia hubiese declarado la guerra a Etiopía, y luego a España, los juristas estarían satisfechos, y apaciguados los manes de Poincaré.

Y ya se podrían emprender «negociaciones de paz».

Pero ¿cómo vamos a hablar de negociaciones de paz en plena paz?

No violemos el texto de los compromisos que exigimos que los demás respeten. ¡No hay guerra! ¡No hay tal guerra!

Supongo que para los juristas, el único acontecimiento diplomático de importancia es la ridiculización de la decisión tomada por Portugal, que aconsejada y sostenida, con un pretexto poco menos que fútil, rompe las relaciones diplomáticas con Checoslovaquia.

Italia y el Japón lo hacen mucho mejor. Hacen una guerra efectiva dentro de la paz

legalmente mantenida. Roma y Tokio están satisfechas. Han recogido o piensan recoger los beneficios pasajeros de la guerra, conservando las ventajas inherentes al régimen de paz. Y las potencias que asisten a este espectáculo en que se escarnea la moral y el Derecho internacional, prefieren vivir en una ficción antes que imponer el reconocimiento de la dura verdad.

El Comité de No Intervención se reunió en Londres el mismo día en que Mussolini y Franco cambiaban felicitaciones por el valeroso y decisivo papel de los legionarios italianos (ya ni siquiera les llaman «voluntarios») en la batalla de Santander. ¿Encontraremos a alguien que se atreva a preguntar al duce si pretende que sus legiones han llegado a España antes del acuerdo de No Intervención? Por otra parte, el Comité de No Intervención sigue existiendo y se adapta al desencadenamiento de la guerra submarina «total» en el Mediterráneo, de esta «guerra submarina» considerada como la vergüenza de la guerra misma y cuya aplicación en 1917 no fué ajena a la entrada de los Estados Unidos en las hostilidades.

Pero entre 1917 y 1937 hay una diferencia sustancial. En 1917 la «guerra submarina» entraba en el cuadro de la guerra. En 1937 aparece como uno de los episodios de la «paz».

Hace algunos años, la menor violación de las concesiones internacionales de Shanghai habría producido inmediatas protestas y provocado medidas concertadas de defensa y de prohibición. Hoy se ruega a los beligerantes —¿tengo derecho a emplear esta palabra?— que respeten la zona internacional, y se espera silenciosamente que accedan a tal deseo.

¿Podemos esperar que la verdad salga a la luz, es decir, podemos esperar un cambio de la situación?

Desgraciadamente, el frente de la paz está desunido. Y vacilante, a causa de su desunión. La Sociedad de Naciones existe; pero, ¿no le impiden los movimientos sus alas gigantescas?

¿Permitirán la evidente buena voluntad del Gobierno francés las no menos evidentes, pero titubeantes, del Gobierno británico, platónica del Gobierno americano y tímida de la S. de N., no ya «el mantenimiento de la paz», sino la «vuelta a la paz»?

JACQUES KAYSER

Marianne, 1 agosto 1937.

Los partidos socialista y comunista italianos, dirigen un llamamiento

PARIS. — Los partidos socialista y comunista de Italia han dirigido un llamamiento a la opinión pública de su país, en torno a los criminales atentados que contra buques mercantes vienen realizando los Estados fascistas. Este manifiesto realiza por título: «Los navíos italianos echan a pique en el Mediterráneo, a indefensos barcos mercantes. — Para salvar la paz y el honor de Italia, impidamos estos actos de «sabotaje».

En el manifiesto se dice que la piratería fascista provoca una justa protesta de todos los pueblos civilizados del mundo, y que el fascismo, convertido en siervo y vasallo del hitlerismo, ha desencadenado una guerra de piratería en el Mediterráneo, hasta la desembocadura del Bósforo. Después de enumerar los ataques de los barcos fascistas contra unidades mercantes y hacer mención, apropiadamente, de las medidas de legítima defensa adoptadas por el Gobierno francés, que ha dado

orden a sus barcos de guerra de defenderse con las armas, el llamamiento dice: «Si el Gobierno fascista prosigue en sus actos, asumirá la terrible responsabilidad de provocar una guerra general en la cual, indiscutiblemente, el pueblo italiano lo perderá todo sin obtener nada.»

El manifiesto incita a todo el pueblo italiano para que se produzca en términos de protesta contra el proceder de Mussolini, y termina con el siguiente párrafo:

«Para salvar la paz del mundo, preservar los intereses y el porvenir de nuestro país y el honor de nuestro pueblo, impidamos por todos los medios que los dictadores italianos continúen su infame conducta y manifestemos nuestra solidaridad con el heroico pueblo de la España republicana, con su Gobierno y su Ejército glorioso, que luchan por la paz del mundo y la libertad de todos los pueblos.»

En Suiza
no se comprende cómo

los facciosos españoles califican de «Año triunfal» a doce meses durante los cuales se ha destruido y vendido a España y se han cometido por los fascistas los crímenes más horribles.

En el diario «Berner Tawacht» ha aparecido el facsímil de una orden militar, que la representación de Franco en Suiza ha enviado a los jóvenes españoles allí residentes.

Los lectores suizos han quedado sorprendidos al ver, debajo de la fecha de este documento, la siguiente frase: «Segundo año triunfal». No se explican los ciudadanos suizos cómo los facciosos españoles califican de «Año del triunfo» o de la victoria a un año que ha sumido a España en la miseria y en la ruina; a un año durante el cual, por consejo de los Estados fascistas se ha dado muerte a miles de ciudadanos y se ha sembrado por doquier la tristeza y la desesperación. «Año triunfal» —comenta esa opinión pública— llaman a un año, durante el cual se han arrasado pueblos enteros, se han destruido barrios obreros de ciudades en poder del Gobierno legítimo. «Año triunfal», a un año, en el que la propia nación fué entregada, como pelota de juego, a los intereses de las potencias extranjeras.

«Esto —añade el periódico— no puede haber sido escrito por quien haya estado en el frente o haya visto con sus propios ojos a las mujeres y niños españoles huir de la metralla arrojada por los aviones de Alemania e Italia y caer destrozados en las calles de las poblaciones civiles.

Parece ser que Franco se ha propuesto conquistar el mundo, puesto que ya no se contenta con la cronología cristiana, sino que empieza a contar por años de triunfo y de victoria, como en otro tiempo Julio César.»

En tercera página:

La Universidad de la mentira

La No Intervención italiana

Octava relación de caídos en España

ROMA, 30 agosto. — He aquí la octava relación de legionarios italianos caídos heroicamente en España antes del 14 de agosto, en los encuentros preliminares de la gran batalla de Santander:

«Ferdinando Arujo di Ettore, Pompeo Belloni di Antonio, Nunzio Benati di Giovanni, Pietro Abramo Domenico Barrese di Demetrio, Giordano Caminotto di Giuseppe, Giuseppe Damiano di Salvatore, Vincenzo Di Gennaro di Salvatore, Sante Degliotti di Felice, Mario D'Arcangelo di Giuseppe, Luigi Fortuna di Sabatino, Vito Giangipolo di Pietro, Giuseppe Martorana di Rocco, Giovanni Domenico Mauro di Nicola, Romolo Pedrini di Massimiliano, Angelo Pereni di Paolo, Michele Pistelli, Guglielmo Petzalis di Antonio, Giuseppe Ria di Rocco, Edoardo Roero di Carlo, Federico Tamburini di Cleto, Simplicio Cafolla di Giovanni Battista, Giovanni Airi di Pietro, Antonio Agosta di Vincenzo, Ugo Cittadino di Vincenzo, Nicola Di Ciommo di Benedetto, Bartolo Dattola di Paolo, Giuseppe Gentile di Francesco, Andrea La Bella di Michele, Salvatore Occhetto di Pietro, Vito Antonio Russo di Vincenzo, Emilio Tola di Pasquale, Erminio Scioni, Ettore Straneo di Vittorio, Giuseppe Sinibaldi di Valentino, Giacomo Scarola di Rocco, Carmine Vannini di Giovambattista, Modesto Parisi di Enrico, Daniele Deias di Antonio, Flavio Tassoni di Giuseppe, Ferruccio Fredo di Enrico, Filippo Rombalo di Vincenzo, Gennaro Jacovetti di Antonio.

Los restos gloriosos fueron enterrados con todos los honores religiosos y militares en los cementerios de guerra cuya custodia está encargada a la piedad cristiana del pueblo español.

Italia saluda con orgullo la memoria de estos hijos suyos caídos gloriosamente en tierras de España luchando por la civilización y en contra de la barbarie predicada por Moscov. Ellos, con su generoso sacrificio, han contribuido poderosamente al descalabro de los rojos en Santander, aunque les ha sido negada la alegría de asistir a la victoria. La grande Patria fascista no los olvidará.»

(«Il Popolo d'Italia», 30-VIII-37.)

De la calle de Charles Tellier a la "Gran Fragata"

Cómo he estado a punto de enrolarme en el ejército de Franco

Por intermedio de M. Trochu

—¿Quiere usted enrolarse mañana en las filas de Franco?

—Quizá sea un excelente motivo para un reportaje, pero no creo que sea tan fácil ser admitido por los reclutadores nacionalistas, que tomarán infinitas precauciones para no ser descubiertos.

—No me creería usted si le dijese en casa de qué personalidad se encuentra una oficina de reclutamiento. Venga usted a verme mañana al Café-Tabac de la Puerta Saint-Cloud, a las once, y si se atreve a acompañarme, verá usted cosas asombrosas.

Esta es, sobre poco más o menos, la conversación que tuve la semana pasada en un «bar» cercano a la Opera, con un ex miembro del «Frente Nacional», muy relacionado con el comandante Jean Renaud.

Yo no sabía hasta qué punto no mentía mi interlocutor; no comprendía el motivo que le incitaba a hacerme confidencias tan importantes en contra de sus amigos y tenía una trampa, una coartada, una farsa o una broma.

Sin embargo, la sinceridad de mi singular compañero era tan evidente que acudí a la cita.

ELECCION DE IDENTIDAD

Perié —así me dijo que se llamaba— estaba ya allí.

—¡Ah! Celebro que haya venido —exclamó, sonriendo—; voy a demostrarle que no le he mentado. Pero oiga, para no incurrir en ninguna «falsedad» y para evitarnos algún contratiempo, va usted a escoger ante todo un nombre supuesto. ¿Cómo quiere usted llamarse?

—Me da lo mismo —le contesté—. Admitamos que soy René... esto..., Peslier.

—Está bien. Entonces, señor René Peslier, no olvide su nueva identidad y recuerde usted que va particularmente recomendado por Jean Renaud, quien nos envía para tramitar un «enrolamiento» para la España nacionalista. Yo soy muy conocido en el sitio a donde nos dirigimos y os presentaré como un buen «amigo».

—De acuerdo.

—Vamos.

Un taxi nos condujo inmediatamente al boulevard Murat y se detuvo a algunos pasos de un gran inmueble moderno que hace esquina a la calle Charles Tellier y que tiene la entrada por esa callecita casi desierta.

Hice entrega al chofer de todos mis papeles y de los objetos que hubieran podido «venderme» y, con paso indolente, seguí a «Perié», diciéndome para mis adentros: «En todo caso, veré lo que ocurre, y puedo retroceder cuando quiera.»

LOS VECINOS DE DEIBLER

Tuve una impresión desagradable por la situación de la calle Charles Tellier que da, como por casualidad, a la calle Claude-Terrasse, en donde habita M. Deibler.

Yo no tengo alma de héroe y esta vecindad me impresionó.

En el 1 de dicha calle nos acogió una partera muy amable.

Perié, como iniciado, se metió en el ascensor y apretó el botón del segundo piso.

Me cogió del brazo y me deslizó al oído.

—Observe, al salir del ascensor, antes de que nos abran, la placa que hay en la puerta.

Había, en efecto, una placa de cobre en donde leí con extrañeza:

«Charles Trochu.

Consejero Municipal.»

Fuimos introducidos en un despacho en donde una mecanógrafa, entre papeles y fichas, escribía algo.

Mi compañero fué invitado, poco después, a entrar en la misteriosa oficina de reclutamiento.

Esperé algunos minutos que me parecieron larguísimo.

¿Qué es lo que decían de mí allí al lado? ¿No me irían a hacer alguna mala pasada?

EL RECLUTADOR DE FRANCO

Me estaba haciendo estas preguntas cuando se abrió la puerta del despacho. Un hombre elegantemente vestido, de mirada dura y fría, vino hacia mí y preguntó bruscamente:

—¿Qué es lo que usted desea?

—He venido con un amigo y usted no ignora el motivo de mi visita.

—¿Qué quiere usted?

—Lo mismo que él.

—¿Pero de quién habla usted?

—De ese que está ahora en su despacho.

—Sígale.

En la casa se desconfiaba, y se comprende muy bien.

Entonces conocí algo más a ese hombre, que no era otro que M. Percheron, el propio secretario de M. Trochu.

He de decir, en honor a la verdad, que desempeñaba conscientemente la delicada misión que se le había confiado.

Quizá estuviese inspirado por la característica del despacho, en donde un retrato —tamaño natural— de Jean Renaud, con el pecho lleno de condecoraciones, parece presidir y dar autenticidad a los enrolamientos, para sus hermanos fascistas españoles.

Sobre un clasificador hay una mascarilla del coronel Ferrandi, y en todas partes, colgados de la pared, sables y puñales.

M. Percheron es un perfecto hombre de negocios. Apenas tuve tiempo de volver a encontrar a Perié y de lanzar una rápida ojeada por la habitación, antes de que entrase de lleno en la materia con una serenidad y una facilidad notables:

—¿Quiere usted enrolarse para España?

—Sí; no tengo trabajo, y mi compañero me ha dicho que se me darian 750 pesetas en el momento de firmar el compromiso, antes de salir para Biarritz.

—No ignora usted que, desde el golpe de «La Frégate», no nos es tan fácil hacer el reclutamiento.

—Sí, pero yo tengo una especialidad. Soy antiguo radiotelegrafista del ejército, estuve en el octavo Cuerpo de Ingenieros, y creo que podría prestar buenos servicios en las filas de Franco.

Esta frase fué acogida con un gesto de desdén y me valió esta respuesta:

—¿Cree usted que le estamos esperando para dedicarle a la T. S. H.? ¿Para qué están allí los alemanes?

Jean Renaud, desde su cuadro, parecía sonreír de mi deliciosa ingenuidad.

—Usted ya me entiende —prosiguió—. Los nacionalistas no necesitan más que soldados de infantería. No se admite gente más que para este Cuerpo.

No podía estar más claro. Desgraciadamente, tampoco tengo alma de soldado, pero, a falta de ingenieros, confesé que también aceptaría lo otro.

He de volver la semana próxima a casa de M. Trochu, presidente del Frente Nacional; pero me abstendré muy bien de llevar a cabo las últimas formalidades.

El «Tercio» no logrará tenerme. Y Jean Renaud, tampoco.

¿Y AHORA?

Desde hace tiempo se sabía que unas discretas oficinas diseminadas por nuestro territorio, reclutaban voluntarios para Franco.

Ahora la prueba está bien clara.

El reciente asunto de Marsella, que condujo al descubrimiento de espías y de agentes españoles del hotel «La Grande Frégate», de Biarritz, va a disminuir afortunadamente la actividad de los agentes del comandante Jean Renaud.

Quisiéramos saber, sin embargo, quién pagaba al consejero municipal y al general Lavigne Belville, para organizar su «Bandera» francesa.

Y entre tanto, que M. Trochu y M. Jacques Percheron se dignen informarnos, nos atrevemos a decir que ya no volverán a hablarnos más de «neutralidad colectiva».

Y que no tendrán la audacia, sobre todo, de «indignarse» ante la presencia de los voluntarios franceses en las brigadas españolas.

¿Los amigos de Franco, como los emigrados de Coblenza, están una vez más al servicio de Franco?

ROBERT DANGER

(«L'Oeuvre», 29 agosto 1937.)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

Segundo artículo del gran hispanista polaco

Eduardo Boyé

Hoces, guadañas y cuchillos contra escuadrillas de Junkers y formaciones de tanques extranjeros

En su segundo artículo, se ocupa Eduardo Boyé de la caída de Badajoz, y relata la heroica defensa de la ciudad y la vergonzosa participación de fuerzas extranjeras en el ataque de la misma. He aquí sus palabras:

«El día 8 de agosto de 1936, o sea tres semanas después de haber estallado la sublevación, el general Franco llegó a Sevilla y tomó la dirección del Ejército del Sur. Su primera y más importante tarea fué lograr la comunicación con el Ejército del Norte, que mandaba el general Mola, muerto recientemente. Esta comunicación, tanto por las razones estratégicas como políticas debía tener lugar a lo largo de la frontera portuguesa, siguiendo la línea del ferrocarril de Badajoz a Mérida.

¿De qué clase de razones políticas se trataba? En el territorio portugués y precisamente en el hotel «Aviz» de Lisboa, se instaló en mayo de 1936 otra embajada no oficial de la República española. Al frente de esta «embajada negra» apoyada por el Gobierno portugués, estaba el antiguo jefe de la «Ceda», Gil Robles, y un tal Hernández Dávil, pseudónimo tras el que pretendía ocultar su verdadera personalidad Nicolás Franco, hermano del jefe sublevado.

Teniendo en cuenta la posición del Gobierno portugués, el hecho de lograr la comunicación a lo largo de la frontera de Portugal, significaba la organización de una retaguardia y la posibilidad de recibir regularmente de Berlín y Roma, vía Lisboa, municiones, tanques, aviones y cañones. Por lo tanto, los fascismos necesitaban conquistar a toda costa Badajoz, ciudad de 40.000 habitantes, situada a seis kilómetros de la frontera portuguesa. En la Historia de España, Badajoz, rodeada de una antigua muralla de los tiempos de don Carlos III, ha representado tres veces un papel heroico; conteniendo al Ejército de Napoleón, al de Wellington y a los generales españoles que promovieron la guerra civil. Los franceses perdieron 40 días bajo sus murallas, los ingleses 100.

El 8 de agosto, o sea el día en que tomó el mando el general Franco, las fuerzas del teniente coronel sublevado Ascensio tomaron Mérida, gracias a lo cual quedó interrumpida la comunicación entre Madrid y Badajoz. Los milicianos y los soldados republicanos, que se encontraban en la ciudad, no podían esperar ya absolutamente ninguna ayuda de fuera. Su inferioridad numérica era ostensible. Para su defensa poseían cuatro ametralladoras y dos viejos morteros verdaderas piezas de museo, pedidas por el Consejo municipal de Badajoz. Estas reliquias de la época pasada tenían que defender la ciudad contra las escuadrillas de los Junkers alemanes, la artillería pesada alemana, y los tanques italianos. La proporción de las fuerzas era más o menos semejante a la de la batalla del lago Aszlangi, donde los combatientes de Negus se protegían con los escudos ante la granizada de bombas que caían del cielo. Badajoz es un ejemplo clásico de «Totaler Krieg» (la guerra total), con los detalles más nimios convenientemente preparados en cuanto a las fuerzas invasoras de la tradicional guerrilla española. En realidad, los republicanos fueron a esta guerra, al principio, armados de «máusers», escopetas, fusiles viejos, cuando no con hoces y guadañas. Los esperaban las bocas

abiertas de los cañones: los Junkers y Savoias, los tanques y las bombas incendiarias (Rheinmetall-verke), todo el material de guerra acumulado cuidadosamente durante años enteros por Hitler y Mussolini.

El día 8 de agosto cayó Mérida. El 12 de agosto, a 50 kilómetros de Badajoz, sufrieron una derrota los ejércitos de Madrid, enviados en socorro de la desgraciada ciudad.

El contingente contaba 950 soldados. Cuatrocientos de ellos murieron bajo las bombas, tiradas desde los aviones. El resto, fueron hechos prisioneros, y fusilados inmediatamente por los marroquíes y legionarios.

Según el relato del diario filofascista parisién «L'Echo de Paris», «los legionarios ejecutaron este trabajo con medio cuerpo desnudo, a la manera como lo hacen los carnívoros». Este era el preludio de los acontecimientos de Badajoz. El 12 de agosto, a las seis de la tarde, una escuadrilla de Junkers alemanes tiró proclamas sobre la ciudad. «Pedimos que os entreguéis. Entregadnos a vuestros jefes. Solamente de esta manera podréis evitar la matanza. Nuestra victoria es segura.»

Los defensores de Badajoz, por toda contestación, pusieron dos morteros en la muralla de la ciudad. A las diez de este mismo día, otra escuadrilla de Junkers, comenzó a tirar sobre la ciudad las bombas incendiarias con una exactitud prusiana. Las lenguas de fuego y las nieblas de humo se elevaron hacia lo alto, abarcando todo Badajoz, desde la plaza de Toros hasta la catedral, de estilo renacimiento. A la luz de los incendios, una caravana de fugitivos, en su mayoría mujeres y niños, se dirigió por la Puerta de las Palmas hacia la frontera portuguesa, separada por un puente sobre el Guadiana. A un kilómetro de distancia de la frontera, uno de los Junkers descendió hasta cuarenta metros sobre la tierra, para, durante unos minutos, ametrallar a los niños y las mujeres.

Al día siguiente, 14 de agosto, a las cinco de la madrugada, comenzó un ataque general sobre la ciudad. Los contingentes marroquíes irrumpieron en el fuerte de San Cristóbal, destruido por el bombardeo. Se colocaron allí cañones de campaña, para que bombardeasen Badajoz sin interrupción durante diez horas. En la parte occidental de la ciudad, al lado de la Puerta de la Trinidad, los muros formaban un montón de ruinas; en el Sur las llamas devoraron el gran cuartel. Los dos morteros habían enmudecido ya, pero los defensores tenían todavía dos ametralladoras, escopetas y navajas. Tras las ruinas de las murallas, parecidos a los guerreros de la Edad Media, esperaban el ataque de los tanques enemigos. Las mujeres traían cacharros con agua hirviendo, para echarla sobre las cabezas de los invasores.

A las once de la mañana, seis tanques de la columna Yagüe, pasaron por las ruinas y escombros de la Puerta de la Trinidad, y por la calle de Pérez Galdós, llegando a la catedral, situada en el corazón de la ciudad. Pero todavía el ataque de infantería, apoyado por estos tanques, fué rechazado. Solamente a las cuatro de la tarde entraron los marroquíes y los legionarios en la ciudad. Sobre la terrible carnicería, que sucedió a estos hechos, tenemos muchísimos testimonios.

(Véase nuestro número anterior.)

LA OBRA DE HITLER

El racismo ha sido la ruina de Alemania

Una ficción y un régimen brutal han mantenido al proletariado alemán, durante algunos años, en forzada pasividad. Aún hoy, cuando lógicamente debería recoger los frutos de abstenciones y sacrificios, se ve obligado a nuevas dejaciones de su dignidad, a nuevos sacrificios, que sabe que no le han de conducir al bienestar; antes al contrario, a la ruina y a la miseria. Y el obrero alemán va despertando, va rebelándose lentamente, pero con paso seguro y firme, contra los opresores de su libertad. Este resurgir no es sólo por afán idealista—que tantos mártires lleva costados al pueblo alemán—; es, ahora, por un motivo material, por un instinto de conservación; es porque la trágica visión del hambre se presenta ante sus ojos, cansados de los incesantes desfiles del fatuo y hueco «poder nazi».

Dos hechos, dos casos sintomáticos se producen hoy en Alemania. Su exposición y consecuencias son éstas:

Primera. — La crisis de materias primas, que cada vez se deja sentir más fuertemente, y que hasta ahora no ha podido ser remediada con ninguna clase de medida oficial.

Segunda. — La crisis de subsistencias, que se manifiesta con agudas muestras y que pesa en la conciencia de todos, incluso del Gobierno, que ha dictado medidas para el suministro de cereales inmediatamente después de la cosecha.

Respecto al hecho primero, es de observar que los obreros están siempre bajo la impresión de un próximo período de intensa carencia de trabajo, cuyo anuncio ven en la limitación de la producción (hasta en el campo de los armamentos), en la suspensión del arribo de primeras materias, en la creciente disminución de los salarios y en la tendencia de los obreros especializados a cambio de campo de actividad, buscando mayor seguridad o ganancia. La intervención del Gobierno, que ve en ello su rápida caída, no evita que los obreros sean despedidos por falta de trabajo.

De varias fábricas de armamento, se nos informa que hasta los metalúrgicos de alto valor en su oficio trabajan actualmente como albañiles, en edificaciones emprendidas por instigación del Estado. Todos estos fenómenos producen gran inquietud y discusiones entre los obreros. Todos conocen la falta de trabajo y saben que los actuales amos del país, los nazis, sólo podrían afrontar la crisis próxima con remedios que vinieran a recaer sobre las espaldas de los propios obreros. Los que hay trabajan de un modo normal saben que la política de armamentos del Gobierno tiene que ser pagada con una disminución de su jornal. Ya hoy no hay salarios elevados ni en las industrias de guerra. En la de la madera, hay obreros especializados que no ganan ni treinta marcos semanales. Peor es la situación de la industria textil. Otra causa de la disminución de los ingresos del trabajador es la peor calidad de las primeras materias. Este ejemplo se ve en el taller metalúrgico del Sur de Alemania, que actualmente apenas trabaja más que en la producción de máquinas de guerra, tanques, etc. Tan malo es actualmente el acero, que no hay modo de trabajarlo según las normas usuales en la fábrica; ni aún cromándolo se logran producciones de la debida calidad laboradas en el debido tiempo. De aquí resulta un encarecimiento de la mercancía, junto con una extraordinaria disminución de su aprovechamiento.

Esta intranquilidad de la clase obrera encuentra expresión visible en un amplio campo. La destrucción de las organizaciones obreras

y la fusión coactiva de las masas trabajadoras en una única Asociación: el Frente Alemán de Trabajo, no ha logrado atomizar a la clase trabajadora. De modo lento, en razón de las experiencias que proporciona el régimen nazi, van desarrollándose nuevas fuerzas de resistencia; de nuevo comienza a surgir un espíritu de clase. Las formas de esta resistencia son, en general, acomodadas a las condiciones del nazismo. Rara vez se trata de coacciones colectivas; en general, los obreros proceden individualmente. Así se evita el peligro de la acusación de «concierto previo», que tantas veces es enunciado en delitos de alta traición, sabotaje, etc. En el obrerismo alemán, el nacionalsocialismo es cosa muy superficial. Los «Consejos de Confianza», que en un principio fueron pensados como medio de conquistar al obrero, cayeron en tal descrédito, que el régimen piensa en abandonar estas instituciones o modificarlas fundamentalmente.

La masa obrera es cierto que no es activamente antinazista, porque ello no cabe en las circunstancias del día; pero es «a-nazista», es decir, que contempla con la mayor indiferencia y frialdad al nacionalsocialismo. La inquietud mencionada, que nace de la crisis de las primeras materias, se junta con este «a-nazismo» y produce un apartamiento siempre repetido entre trabajadores y gobernantes. Ciertamente esta nota política de los trabajadores se opera lentamente; pero la defectuosa política económica del nazismo es el punto central de ese descontento. Hace poco tiempo fueron aprisionados varios trabajadores de un taller metalúrgico, a causa de actos de sabotaje; se habían atrevido a modificar órdenes de la Dirección. Este y otros casos han dado lugar a varias discusiones, cuyo espíritu era la privación de derechos en que se encuentran los obreros de la nueva Alemania.

Estos y otros casos van formando lentamente un nuevo sentimiento de solidaridad entre los trabajadores, punto de partida de una reacción de la clase obrera como factor político. Las fuerzas organizadas de oposición de la clase trabajadora no pueden influir de modo decisivo en las acciones de los obreros; pero éstos actúan, en reacción espontánea, contra sus enemigos inmediatos.

En cuanto al segundo punto, crisis de subsistencias, ya queda indicado que se va dejando sentir intensamente. Faltan algunos alimentos; por ejemplo, el aceite; otros son muy escasos, y el pan ha llegado a ser peor que antes. Todo el mundo espera un período de privaciones, y las draconianas medidas del Gobierno no han hecho más que justificar ese temor. En los círculos agrícolas, hay mucha intranquilidad, y muchos cultivadores hacen preparativos para no entregar a las autoridades la totalidad de la cosecha. Como precursora de la crisis de subsistencias, existe ya la carencia de piensos, que hace que hayan tenido que ser liquidadas muchas granjas avícolas y otras en que se criaban conejos.

La intranquilidad de la población, que alcanza a todas las clases sociales, fué mayor aún hace pocas semanas, cuando estuvo complicada con el temor de la guerra. Una atenta lectura de la Prensa alemana, lleva a la conclusión de que las autoridades intentan ocultar ahora el interés de Alemania en la guerra de España, de modo que, en contra de lo que pasaba antes, tal cuestión permanezca muy en último término. Hay números de periódicos en los que no se encuentra una palabra acerca de la guerra de España, mientras que otros asuntos son tratados con toda

La Universidad de la mentira

La Universidad de la mentira está en Salamanca. El antiguo centro del saber se ha convertido en moderno faro de la ignorancia. Ignorancia a todas luces, adrede. Ignorancia del que miente a sabiendas y simula triunfos desde un cuartel general instalado en la cátedra de Fray Luis de León.

«Decíamos ayer...» Los fascistas dijeron ayer esto, dicen hoy lo otro y mañana dirán lo de más allá. Si algo les ha de distinguir que no sea su crimen es su inconstancia supina, su volubilidad. Los generales facciosos son gallos de veleta que bailan, cantan y combaten, al viento que salta. Nada les importa ser culpables de la invasión extranjera en su país, que ha venido a rebajar su condición militar y humana hasta el punto —punto sin contricción que les valga— de ponerlos en el trance de sentirse en España como gallos en corral ajeno. Nada les importó el cumplimiento de una palabra que dieron al pueblo español. Mucho menos el cumplimiento de otra palabra que empeñaron después entre los suyos: la de salvar a España. A España, no a Italia ni a Alemania.

No puede darse un mayor ejemplo de desprecupación que la suya. Engañaron a sus enemigos y ahora engañan a sus propios amigos, a sus paisanos. Al grito de «Santiago y cierra España» quieren dejar poco menos que a oscuras su patria, para que por ninguna rendija se filtre la luz que los ponga en evidencia. Cualquier rayo puede hacer brillar diabólicamente los ojos alcohólicos de Queipo. Cualquier luz puede revelar al mundo los misterios de la turbia conciencia del generalísimo. Cualquier claridad puede ser la sábana «roja» —temida porque ella no teme a la verdad— que venga a poner sobre el tapete —ella mismo es el blanco mantel— de la política internacional el juego de embustes a que se han entregado los facciosos desde la madrugada en que, a la voz de «¡Arriba España!», se lanzaron, con la España que pudieron levantar —la otra España ya estaba levantada, puesto que aquella noche la pasó en vela— por la pendiente catastrófica de una sublevación sin sentido.

La mentira es lo único valedero de los generales fascistas. Ni sus victorias ni sus derrotas, ni su alianza con las potencias extranjeras es tal alianza de pueblos libres, sino puro negocio entre tramposos afortunados, puro —o impuro— pacto entre charlatanes de una misma cuerda.

Los militares españoles querían salvar la Religión. Buena maña se dieron! Cuando los fieles se postraban sumisamente de hinojos para dar gracias al Todopoderoso, el Todopoderoso no pudo impedir que, a espaldas de los fieles, entraran de puntillas en la península los moros. Querían los militares traidores salvar la Patria. Elevaron la vista hasta el balcón, por donde tradicionalmente se asoma a la historia de España el Cardenal Cisneros. Pero las palabras de los cardenales facciosos son palabras iracundas y falsas. Y los «pode-

ampitudo. Por el momento, sirve de diversión el conflicto chinojaponés.

En relación con una Exposición antibolchevique que se celebró en Stuttgart, y en la que también Italia y Hungría participaron oficialmente, se acometió de nuevo, con toda energía, la propaganda antibolchevique. A pesar de que todas las organizaciones de partido y sus afiliados ordenaron a sus funcionarios y miembros la visita a la Exposición, a pesar de que hubo trenes especiales, gratuitos en todo el país, el interés de la población fué nulo. Sólo fué visitada por unas 80.000 personas —según la estadística oficial—. Este es un hecho sintomático y revelador del estado del pueblo, de su actitud rebelde, aunque obligadamente pasiva, ante la dictadura nazi, que le sumió en un estado de embotamiento primero, de indiferencia después, y, por último, de franca oposición ante la certeza de su próxima miseria.

«El Socialista», 4-9-37.)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

res» instalados por el generalísimo frente a Madrid llevan la marca «Krup».

Quedaba el ejemplo de Isabel la Católica. El ejemplo iba a ser superado. Los generales adictos a la Falange no sólo empeñaron las joyas que buenamente hallaron, sino que vendieron la joya imperial de España a los aventureros Hitler y Mussolini que prometían a cambio las Indias, el oro y el moro. El moro ya lo tenía Franco. Ellos dieron las armas y enfilaron la doble puntería de sus cañones y de sus tortuosos discursos diplomáticos. Por agradecimiento han sido los facciosos capaces de lo peor. Han llegado —¡ellos, los españoles de las tres carabelas!— a decir que Colón era genovés. Genovés y primer voluntario en la conquista de América.

La Universidad salmantina se ha convertido en cueva. «La cueva de Salamanca» es hoy cueva verdadera de bandidos, guarida de embusteros, vivienda de los que pretenden resucitar la lengua muerta del latín con la lengua viva y audaz del duce.

Jamás tanta osadía invadió las aulas universitarias. La nueva barbarie ha desplegado sus banderas en el recinto primoroso de una plaza, orgullo de una ciudad que fué cuna del saber y ha de ser mortaja de la ignorancia. En aquella plaza han de verse cercados los militares que a estas horas aún no comprenden que la mentira es el primer síntoma de la derrota. Piensen ellos, y aprendan a no fiarse ni de su sombra, que Mussolini es también mentira —pura mentira encorajinada, simple mentira puesta a caballo—; que Hitler es mentira, mentira sin ton ni son, mentira sosa como alemana, sin alas y sin pluma, mentira bárbara, disparado, de dictador puesto en el disparadero de una dictadura. Y piensen que Oliveira Salazar es mentira y media, mentira a la portuguesa, presuntuosa y fantástica.

De los tres aliados de Franco ninguno representa a su pueblo. Tienen los tres un pie en el estribo y una mano en el aire. En equilibrio está el tinglado de la farsa fascista, Franco imita su postura y miente. Nos acusa a los gubernamentales de vender el patrimonio artístico de España y es él quien ha desenterrado —que bien enterrado y escondido estaba— al señor conde de Orgaz, para organizar su segundo entierro y desaparición, esta vez para siempre, en Londres. Pero los caballeros «desconocidos» del Greco, pálidos de suyo, más pálidos y verdes que nunca desde la invasión extranjera, sabrán darse a conocer a tiempo y extenderán sus manos azuladas, sus dedos nerviosos, para acusar a Franco. El caballero español de la mano al pecho tiene memoria y lleva una espada al cinto. No hay que olvidarlo. Y si es verdad que en definitiva todas las civilizaciones las ha de salvar su pelotón de soldados —lo dijo Spencer y lo repiten sin cesar los facciosos españoles— sepan de una vez que nosotros hemos formado un ejército y estamos dispuestos a salir por el triunfo de una nueva civilización.

Quiénes financian la guerra fascista en España

Italia arma contra Inglaterra las tribus de la India

El doctor Dalton, miembro del Parlamento británico, publica con su firma, una carta en la Prensa londinense, de interés para la España republicana. Dice así:

«Recientemente denuncié en la Cámara de los Comunes que la «Royal Dutch Oil Company» hacía empréstitos a Mussolini para facilitar la agresión a España. En 1907 el capital de la «Royal Dutch» era de cuatro millones de libras esterlinas; hoy es de cuarenta millones y a ella está asociado el vizconde Bearsted, magnate inglés de los negocios y de las finanzas.

Resulta que el dinero inglés está ayudando a Mussolini porque el vizconde Bearted es presidente de la «Anglo-Saxon Petrol Company», y fundador de la «Shell Transport and Trading Company», ambas de Londres y las dos subsidiarias de la Royal Dutch, perteneciendo a los Consejos de Administración de las tres casi las mismas personas. ¡Cuánto poder y cuánta fuerza concentrados en pocas manos!

Tan pronto se abra el Parlamento, repetiré mi denuncia con nuevos datos. No puede dejarse en silencio esta cuestión: equivaldría a dar alas a los comerciantes de la Muerte y de la Destrucción, según dice sabiamente el libro del profesor Noel Baker, comentando el informe de la Comisión Parlamentaria del Tráfico de Armas.

No es sólo contra España la agresión del fascismo. Se extiende a todos los confines del Globo, desde las islas Baleares, dominadas por el duce, hasta Pantelaria, la isla mediterránea cuya punta Norte está entre Sicilia y Túnez, y de allí a Masaua, nuevamente fortificada en la ruta imperial británica a la India y Australia. El informe de la Comisión del Tráfico de Armas señala el hecho de que en los recientes motines y disturbios en las fronteras del Noroeste indostánico, las tribus levantiscas estaban armadas con fusiles de fabricación italiana.»

«El Sindicalista», Madrid, 1-9-37.

Pasiones e ideaciones La cola del león británico

Las nuevas que nos llegan de Oriente nos informan de la ferocidad de los ejércitos japoneses; bombardean igual que hacen en España las tropas fascistas y sus protectores europeos, ciudades y aldeas indefensas, ametrallan en los caminos a los niños, a las mujeres y a los ancianos, que huyen, acongojados y mudos de espanto, procurando librarse del exterminio; hundien los navios mercantes, sin distinción de nacionalidades, en osada e impune piratería; sus gobernantes y sus generales falsean la verdad acerca de sus propósitos y niegan, con desenfado cínico, los hechos más comprobados y notorios; se comportan, en suma, los japoneses como los subordinados de Hitler, de Mussolini, de Oliveira Salazar y de Franco; su conducta en la guerra, como en las notas diplomáticas, es tan idéntica que parecen todos nacidos en un mismo territorio y amamantados por una misma generatriz.

¿Cómo explicarse este fenómeno? Para trasladarse desde Portugal al Japón hay que atravesar toda Europa y toda Asia. Los alemanes, italianos y portugueses pertenecen a la raza blanca y los nipones a la amarilla; el lenguaje opulento y polifónico de los unos es absolutamente diferente, gramatical e ideológicamente, del conciso y monosilábico de los otros; sus religiones son opuestas en sus dogmas fundamentales: Budha en nada se asemeja a Jehovah, ni Confucio a San Pablo. Las costumbres, las indumentarias, las relaciones familiares, la devoción de los unos a la prole y de los otros a los antepasados, los modos de pensar y de discursar, difieren en su esencia; todo los separa. ¿Cómo explicarnos esa identidad de conducta en las guerras actuales, italianos, alemanes y españoles fascistas? Sin pretender dilucidar este problema, no me parece inoportuno apuntar algunas consideraciones de orden psicológico, que pudieran facilitar su estudio.

Cambia notoriamente el modo de pensar en los diferentes pueblos del planeta. La Filosofía alemana es diferente de la escocesa, y ésta lo es de la teología clásica española. Alvaro de Albornoz, en uno de sus admirables artículos, ha dicho, con notoria clarividencia, que el «Discurso del Método», como los «Pensamientos» de Pascal, no se hubieran escrito jamás en Inglaterra. Factores étnicos, climatológicos, históricos y de toda especie hacen que, fuera de las ciencias positivas de mera observación y en las del Cálculo matemático en que no es posible llegar a dos o más conclusiones exactas distintas, el pensamiento crea, en cada país y, sobre todo, en cada raza, ideologías diferentes y aún opuestas. «Don Quijote» es exclusivamente español y no será bien comprendido jamás fuera de nuestras fronteras, como no lo será Calderón de la Barca, a no ser por críticos cumbres como Schlegel y Shack. En trueque, nosotros (ya digo que esto no reza con los cerebros de selección) no admiramos ni el «Bertoldo» germano ni el famoso loco «Splegel», rompedor de platos y cacharros con su caballo en el mercado, ni el Gargantúa de Rabelais, ni el gaucho argentino «Martín Fierro». Para conseguirlo tenemos que realizar reiterados esfuerzos y poseer una erudición filosófica y literaria; es entonces cuando nos damos cuenta de la grandeza de las obras exóticas; pero no porque nuestro ideal sea el mismo de sus pueblos de origen, sino porque nuestra labor

consciente y penosa nos ha colocado por encima de todas las ideologías y nos lleva a superiores síntesis más entregados a un español sin preparación cultural la Mitología escandinava o la «Tetralogía» de Wagner o a un alemán «Las Moradas» o «Los Nombres de Cristo» y d'rán que se trata de obras sublimes, por lo menos así lo han oído afirmar, pero que no acaban de comprenderlas.

En cambio, las pasiones son las mismas bajo todos los cielos. Cuando Platón en «El Banquete» habla del amor, como Mantegazza y Michelet, lo mismo que cuando el psicólogo citado italiano nos dice del placer y el dolor, Maudsley de la locura, Ribot del miedo y Hartman y Freud de lo inconsciente, lo hacen para todos los lugares y épocas. El hombre, como ser sensible aquí como en el Indostán, en Lisboa como en Berlín, en Salamanca y Burgos como en Tokio, es idéntico, y cuando lo llevan a hacer la guerra, no las ideas abstractas, no los principios fundamentales del Derecho humano, sino los intereses de una clase social y las ambiciones de los déspotas su proceder tiene que ser el mismo en todos los frentes, por apartados que se encuentren y su conducta tan reprochable cuando vuela sobre los hospitales, las Universidades y las pinacotecas, como cuando asuela los campos o hunde los navios mercantes, escondido en las profundidades de los océanos.

Allí donde se hallan los hombres son iguales sus degeneraciones y sus vicios. En el teatro, «El Alcalde de Zalamea» y «Fuente Ovejuna», pueden no impresionar igualmente a los públicos de Madrid y Valencia que a los de Hamburgo, Turín y Yokohama, porque su fondo es ideológico; pero el «Otelo» shakespeariano con sus celos, y «Yago» con su envidia, igual que el «Avaro» del dramaturgo inglés que el de Molière y la «Ifigenia» de Sófocles, cual la de Racine, son universales, personificaciones de pasiones humanas. Las ideaciones cambian, porque son o frutos de la reflexión o lucubraciones o ensueños, influidos por el medio ambiente, el hábito, la herencia y el temperamento; las pasiones, no; porque son de carne.

Por ello, las ideas de Patria no son las mismas en «Juana», la inspirada doncella de Poitiers, que en Carlota Corday, ni en Fichte como en Castelar, ni en Mirabeau iguales que en Washington o en Santos Luverture, ni las de Sociedad gemelas en Comte y Kropotkin, en Spencer y en Carlos Marx. Ciertamente los cerebros superiores, como he dicho, pueden profesar unas u otras por convicción y reflexión; la mayoría de las gentes lo hacen por pasión y, por ello, si los unos discrepan en detalles, los otros, el vulgo, proceden como rebaños inconscientes y abúlicos. Mas no lo olvidemos: las ideaciones son diferentes, pero todas llevan dentro algo divino: el ansia de perfeccionamiento moral y material; las pasiones inferiores son iguales en todas partes, pero no encierran sino corrupción, violencia, egoísmo y bajeza.

Ahora lo que falta saber es si, en esta dolorida y ensangrentada esfera errante en el espacio triunfarán las pasiones o las ideas, los impulsos groseros atávicos o las ansias de perfección. Por mucho que difiera el pesimismo de Becker, de Espronceda y del Duque de Rivas, del de Byron y Leopardi, tenemos derecho a esperar que de la Justicia será la victoria.

ANTONIO ZOZAYA

Homenaje a los internacionales Lo que vale un obrero de cualquier país

A requerimiento del Socorro Rojo, todas las organizaciones del pueblo han enviado su representante a un acto público de homenaje a la Brigada Internacional.

Hace un año que vinieron a España. Todos ellos son hombres de historia revolucionaria y de propósitos honrados. Nunca han concedido trascendencia excesiva al hecho magnífico de abandonar su patria y venir a luchar a la nuestra. Cuando llegaron a Madrid y desfilaron a paso rápido hacia su cuartel. Miraban curiosamente nuestras calles y nuestras casas. Uno de los batallones cruzaba una plaza cuando las sirenas gritaban la presencia de aviones enemigos. Entonces aún no estaba Madrid acostumbrado a mirar serenamente al cielo ni a escuchar las explosiones de la artillería. Algunas mujeres corrían a

refugiarse. Los hombres que venían de la paz —o de la guerra en silencio— montaron sobre el hombro sus fusiles, subrayaron los pasos con ademán militar y comenzaron a cantar en idiomas distintos. Las voces varoniles llenaban la plaza. Apagaban el ulular de las sirenas y contenían la fuga de las mujeres. Todos los madrileños que presenciaban el desfile, comprendían —sin saber alemán sin saber francés, sin saber inglés— lo que aquellos hombres decían. Algunos —acaso muchos—, habrán caído en el combate por la paz del mundo. Pero los que queden, recordarán siempre el grito conmovido de aquella anciana que se adelantó hasta las filas rectas:

—¡Sa'ud, hermanos!

Los que queden de aquel batallón

saben que nunca les han dicho una frase tan justa y tan sencilla.

LA CARTA DE RAKOSI

Se han batido en cien frentes distintos. Han sido héroes de muchas jornadas victoriosas. Lucharon a las puertas de Madrid y lejos de ellas. Los torsos fuertes y los fusiles verticales de la Brigada Internacional, han cruzado todos los caminos en que había aire y sensación de guerra.

Los veteranos —veteranía de un año inolvidable— unieron hace tiempo su experiencia y su acento extranjero a reclutas y voluntarios españoles. Estos les enseñan nuestro idioma, les hablan de sus tierras de Andalucía o de Galicia o de Castilla. Y ellos les muestran cartas de casa y les adiestran en el manejo de las armas. Antes del

El jueves celebró en los astilleros de Fairfield (Inglaterra) el acto de la botadura del nuevo torpedero «Maori». Y en él, mister Robert Iradian, director del establecimiento, pronunció, ante las autoridades navales y los invitados, un discurso al que pertenecen estos párrafos:

«Es peligroso tirar demasiado de la cola al león británico. El honrado deseo de nuestro país de conservar la paz entre todas las naciones tiene un límite, y no hay que confundir este deseo de paz con la consigna de «paz a cualquier precio». No existe la menor analogía entre las dos expresiones.»

No debía existir, por lo menos. Pero hasta hoy la ex orgullo-sa Albión viene procediendo como si un deseo de paz equivaliera a un absoluto abandono de toda su tradición. Cuando Italia le amenazó por medio de su prensa insolente, el Almirantazgo envió al Mediterráneo la «Home Fleet». Y el mundo creyó que se habían acabado los atrevimientos del fascismo y que Abisinia, miembro de la Sociedad de Naciones, sería defendida contra sus invasores y no perdería su milenaria independencia. Mas bien pronto vino el desengaño. La «Home Fleet» regresó a sus bases. La Sociedad de Naciones no paralizó, como podía hacerlo, la agresividad italiana. No fué declarado el combustible, ya líquido, bien sólido, contrabando de guerra. No tuvo el Negus armas ni municiones. Y el «rocío mortal» dispersó a los desarraigados ejércitos abisinios. Pocos meses más tarde, Badoglio entraba en Addis Abeba y el crimen quedaba consumado. Y la Gran Bretaña sufría la primera de sus grandes derrotas morales.

* * *

Los periódicos ingleses reconocen que Franco no tiene submarinos. ¿A qué nación pertenecen, pues, los que recorren el Mediterráneo echando a pique navios de comercio? A Italia, desde luego. Mussolini, que ha enviado a España 80.000 soldados, no podía tener inconveniente en ayudar marítimamente a su protegido faccioso. Quien puede lo más, puede lo menos. ¿Y qué importancia tiene que sean torpedeados los barcos de comercio que navegan por el Mediterráneo, al lado del desembarco en territorio español de un ejército regular de casi cien mil hombres, mandado por doce generales?

* * *

El león británico se enfadará si le tiran demasiado de la cola, según la enérgica y gráfica frase del director de los astilleros de Fairfield. ¿De veras? Lleva Mussolini más de dos años de tirarle de la cola y también de la melena. Y aún no se oyó rugido alguno. Las naciones, al ver tal espectáculo, no creen en sus ojos. ¿Pero es posible? ¿Es ésta aquella Inglaterra que bajo Párlmeston decía que defendería a todo súbdito suyo, en cualquier parte del globo, tuviera o no tuviera razón, porque bastaba su condición de inglés para asegurarle la protección de las escuadras británicas? No. Ha cambiado mucho. Ha cambiado tanto, que Italia se le atreve y la injuria y echa a pique sus navios mercantes y lanza torpedos contra sus buques de guerra. Esa longanimidad excesiva, ¿qué es lo que encubre? ¿Qué complejo de inferioridad colectiva revela? ¿Desde cuándo un italiano, considerado internacionalmente, ha valido más que un inglés?

homenaje, he hablado con muchos de estos veteranos magníficos.

Un grupo en el campo, en el frente en que ahora no hay sino calma. Los internacionales hablan con otros soldados españoles de su Brigada. Un alemán dice:

—E) Batallón húngaro ha recibido una carta de Matias Rakosi.

Un soldado español, con gesto y facciones de campesino castellano, pregunta:

—¿Quién es ese? ¿Algún jefe vuestro?

El alemán sonríe cariñosamente. El sabe quién es Rakosi, como quien Thaelmann y Dimitroff. Por saberlo y saberlo bien ha venido a los campos de nuestra Patria a clavar la bandera de la victoria sobre los cañones de Hitler.

—Rakosi es un trabajador húngaro. Un gran camarada de vosotros y nuestro. Un gran camarada de todos los trabajadores del mundo. Ahora está en la cárcel. Lleva doce años encerrado por gentes que simpatizan con Franco, por gentes tan enemigas del pueblo como los generales que se alzaron contra vosotros.

El soldado campesino comprende. —¿Entonces, ese Matias es amigo nuestro y quiere que venzámos?

—Si. La carta que ha dirigido al Batallón húngaro lo dice así. Y él está seguro de que vuestra victoria servirá también para abrir las puertas del presidio en que está encerrado.

UN MADRILEÑO DE HONOR

Otro grupo comenta alegremente el homenaje que el pueblo va a tributarle.

—Yo ya soy de Madrid.

Lo dice un mozo rubio que aún no habla con exactitud nuestro idioma. Pero es verdaderamente de

Madrid. Un hijo adoptado por la gran ciudad de hierro en su lucha por todos los antifascistas del mundo. Ha nacido en Londres y ha trabajado siempre en no sé qué puerto inglés, a donde llegó la noticia de que se podía luchar en España como voluntario de la libertad.

Se llama Kingston. Ha sido herido tres veces. Una, en la cabeza, por un grueso casco de metralla; otra en una pierna, cuando atendía a su fusil ametrallador, y otra en un costado; al saltar a una trinchera enemiga. Cada vez que ha salido del Hospital, ha dicho invariablemente al llegar de nuevo a la trinchera:

—¡Ahora veréis lo que vale un obrero inglés!

Exclamación dirigida al enemigo, que nunca sabe lo que vale un obrero de ningún país.

La última traducción real de esta frase, ha consistido en una ametralladora traída a rastras desde el campo enemigo. Del cañón pendía una medalla de requeté, una boina y un periódico de Zaragoza.

Es a estos hombres a los que el pueblo, todo el pueblo, acaba de rendir un emocionante homenaje.

El terror nacionalista

Son alarmantes las noticias relativas al trato que sufre la población civil de Santander

PARIS. — La Prensa francesa recoge alarmantes noticias procedentes de Hendaya sobre la suerte de la población civil, autoridades republicanas y militares que las tropas de Franco han encerrado en Santander.—Fabra.